

México como sede de los JO de 1968 y el CMF 1970: rasgos de identidad y nacionalismo¹

Mexico to host the Olympic Games of 1968 and MFC 1970: features of identity and nationalism

México para sediar os Jogos Olímpicos de 1968 e MFC 1970: características de identidade e do nacionalismo

Miguel Ángel Guzmán López, Ph.D / José Luis Lara Valdés, Ph.D
César Federico Macías Cervantes, Ph.D / Francisco Javier Martínez Bravo, M.Sc
Recepción: 15/03/15 Aceptación: 02/05/15

Resumen

El siguiente documento realiza un análisis documental sobre los discursos mediáticos de identidad que durante la segunda mitad del siglo XX pusieron a México en la escena mundial, principalmente por el hecho de ser elegidos como sede de los Juegos Olímpicos de 1968 y la Copa Mundial de Fútbol en 1970. En esta época, caracterizada por múltiples acontecimientos sociales que agitaron las entrañas de la nación, hubo una transición histórica y un replanteamiento de lo significaba lo mexicano ante el mundo. El documento pretende poner sobre la mesa las condiciones históricas y sociales por las que pasaba el país latino en el momento de ser elegido como sede de estos dos macro-eventos y las transformaciones que hubo en sus discursos identitarios una vez se llevaron a cabo estos.

Palabras claves: Identidad, nacionalismos, medios, deporte.

Abstract

The following document is making a documentary on the analysis of the identity of media discourse during the second half of the twentieth century put Mexico on the world stage, especially for having been chosen to host the Olympic Games in 1968 and the 1970 World Cup, at the time, characterized by several social events that shook the bowels of the nation, there was a historical transition and rethink what it meant to the world Mexico. The document aims to table the historical and social conditions experienced by the Latin country at the time of being chosen as the site for these two macro events and changes that occurred in their speeches identity once they are done.

Keywords : Identity , nationalism , media , sport.

¹ Cita sugerida: Guzmán López, M.A., Lara Valdés, J. L.; Macías Cervantes, C.F. & Martínez Bravo, F.J. (2015). México como sede de los JO de 1968 y el CMF 1970: rasgos de identidad y nacionalismo. *Ímpetus*, vol. 9 (1), pp. Xx-xx.

Resumo

O documento a seguir está fazendo um documentário sobre a análise da identidade do discurso da mídia durante a segunda metade do século XX colocar México na cena mundial , especialmente por ter sido escolhida para sediar os Jogos Olímpicos de 1968 ea Copa do Mundo de 1970, na época, caracterizada por vários eventos sociais que abalaram as entranhas da nação , houve uma transição histórica e repensar o que significava o mundo México. O documento visa tabela as condições históricas e sociais vividas pelo país Latina no momento de ser escolhido como o local para estes dois eventos macro e mudanças que ocorreram em sua identidade discursos , uma vez que eles são feitos .

Palavras-chave: Identidade , nacionalismo , mídia , esporte

Aspectos generales

Por principio, no podemos perder de vista que los discursos de identidad que más se visualizan y que más huella dejan son los que corresponden a las posturas de las clases medias y clases dominantes, en el caso mexicano algunas de ellas cristalizadas como parte del discurso oficial del gobierno auto llamado revolucionario. Con esos discursos es con los que se trabaja en esta ponencia, que es de nuestra parte, un primer acercamiento reflexivo hacia el fenómeno. Tampoco puede perderse de vista que para los años sesenta del siglo XX el nacionalismo arraigado en las clases medias y altas se manifiesta por igual ante las “doctrinas extranjeras”; para los militantes de oposición de izquierda esto significa el entreguismo *pro-yanqui*, mientras que para el gobierno y la derecha se trata de las doctrinas extranjerizantes, inspiradoras de la juventud rebelde y que dieron lugar a la creación del delito de disolución social.



Además de la revisión bibliográfica respectiva, toda vez que se trata de una época de predominancia cultural del “centro” – materializado en este caso en la Ciudad de México - se hace una revisión de los discursos que se plasman (a veces repitiendo lo que se dice desde la Ciudad de México) en la prensa de las ciudades de Guanajuato (capital del estado del mismo nombre) y León (corazón económico de la misma demarcación); se ha hecho una revisión de los periódicos: Estado de Guanajuato y Heraldo de León. No se debe perder de vista tampoco que la ciudad de León fue sub sede de fútbol durante los JO 68 y sede durante el CMF 70. En los Juegos Olímpicos Guadalajara y León fueron sede de los grupos C y D integrados respectivamente por: Hungría, El Salvador, Israel, Marruecos, así como Checoslovaquia, Guatemala, Bulgaria y Tailandia; en el Campeonato de Fútbol. León fue sede del grupo D que incluyó a Alemania Federal, Perú, Bulgaria y Marruecos y en la etapa de cuartos de final jugaron Alemania Federal contra Inglaterra.

El 19 de octubre de 1963 se acordó en Baden, Alemania, que la Ciudad de México sería sede de los XIX Juegos Olímpicos (Ferreiro Toledano, 2006: 305). Casi un año después, el 8 de octubre de 1964, pero en Tokio, se le otorgó a México la sede del Campeonato Mundial de Fútbol de 1970, (Wikipedia, consultado el 29 de agosto de 2011). De tal suerte, la diplomacia del gobierno de Adolfo López Mateos se apuntaba dos triunfos y colocó a México, de cara a 1968 y 1970, en uno de los focos de atención internacional.

Por primera vez un país vería ocurrir en su territorio los dos mayores eventos deportivos de aquellos años en forma consecutiva y en el caso de los Juegos Olímpicos de Verano, ocurrían por primera vez en un país de habla hispana, en un país de Latinoamérica, y, fuera del ámbito de la Commonwealth, en un país de los clasificados como de tercer mundo ¿cómo incidía esta situación en el ánimo nacional?, ¿cómo se veían los mexicanos de entonces a sí mismos y cómo afectó la circunstancia a esta visión?, Además, estos juegos serían los primeros en transmitirse vía televisiva a todo el mundo ¿cómo se quisieron proyectar los propios mexicanos ante el resto del mundo?

Sin lugar a dudas que para intentar una respuesta a tales preguntas se debe hacer una reflexión histórica en el plano sociocultural, tanto por el hecho de que ocurre un proceso desde el momento del otorgamiento de la sede hasta que suceden los eventos, como por el hecho que la percepción identitaria de los mexicanos se había puesto en cuestionamiento desde la sacudida revolucionaria ocurrida en el país al iniciar el siglo XX; pero hay un ingrediente más y es el hecho de que

las prácticas deportivas un fueron parte del proceso mismo de definición del Estado postrevolucionario (Macías, 2010).

¿Cómo quisieron verse y proyectarse los mexicanos al finalizar el periodo sangriento (1920) del fenómeno conocido como Revolución Mexicana? Las consideraciones son amplias, pero no dejemos de lado el hecho de que el eje de las conmemoraciones de la Revolución –una especie de segundo parto de la patria- fue el desfile deportivo, mismo que como ha señalado Benjamin (2003) representaba una especie de promesa de la Revolución para el futuro; la forma del desenvolvimiento del desfile implicaba una representación de lo que ya no se quería ser y lo que se suponía que empezábamos a ser: “mostrar a niños, jóvenes, campesinos, soldados, obreros, mujeres, etcétera, vestidos de blanco y realizando coordinadamente evoluciones físicas y gimnásticas (las llamadas tablas) tenía simbolismos que tendían a mostrar una sociedad que surgía ordenada, limpia, sobria y fuerte...” (Macías, 2010: 359).

No son pocos los ensayos de intelectuales que en las primeras décadas del siglo XX veían más bien un panorama negativo sobre la identidad y el ser cotidiano de lo mexicano. Para Samuel Ramos, en su consagrada obra *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), el mexicano padece un complejo de inferioridad derivado de la confusión entre lo que quiere hacer y lo que realmente puede hacer, sobre todo al comparar al país con naciones más desarrolladas a las que se pretende imitar sin tomar en cuenta que no se encuentra todavía con el suficiente grado de desarrollo para poder alcanzar las mismas metas. Ramos concluía que el mexicano no es inferior respecto a otros pueblos, pero se siente inferior por no poder hacer lo que ellos hacen. Fue muy importante la caracterización que Ramos hizo acerca de la figura social del *pelado*, quien a su parecer representaba vivamente el sentimiento de inferioridad del mexicano y los esfuerzos que el mismo hacía por ocultar brutalmente dicho sentimiento (Ramos, 2012).

Para Octavio Paz, en *El laberinto de la soledad* (1950), es la soledad el pivote alrededor del cual gira el entendimiento de la cultura mexicana, que siendo producto del choque cultural de la conquista española, vive constantemente en una soledad nostálgica de la matriz paradisiaca y terrenal (el pasado indígena como paraíso perdido) de la que fue arrancada (Paz, 2008).

Una idea más compleja tuvo del asunto Emilio Uranga en su *Análisis del ser del mexicano* (1952), para quien, basado en la analítica existencialista de origen heideggeriano, en el mexicano se halla una ‘herida ontológica’ que destila me-

lancolía y que muestra cómo el mexicano, como una variante específica del hombre mismo, vive constantemente afectado por la accidentalidad de su ser, por una constante situación de zozobra (Uranga, 2013).

Todas estas ideas, sin que fuera precisamente su intención, fueron acuñando una imagen negativa, de proceso inacabado, de carencia, que el mexicano se hacía de sí mismo y que ha prevalecido fuertemente hasta tiempos actuales.³

Cierto que a estas posturas hay que hacerles dos aco- taciones: La primera, que estos análisis no abarcaron a los ciudadanos de todas las regiones de la República Mexicana, tan solo a sus correspondientes espaciales y temporales de la Ciudad de México;⁴ la segunda, en palabras de Carlos Mon- siváis (1976: 91):

Sigo polemizando con don Samuel Ramos al que reconvengo por su triste sicologismo del “sentimiento de inferioridad” y pienso regañarlo post-mortem por autorizar las nuevas ediciones de El perfil del hombre y la cultura en México sin prólogo autocrítico, y desde luego, antes de redactar la categórica misiva, me burlo (me- suradamente) de los imponderables sicólogos y traumatólogos del Alma Nacional que volvieron al Mexicano un tiro al blanco don- de arrojar todos los complejos, síndromes y adjetivos sobrantes o en barata (resentido, frustrado, edípico, huérfano de tiempo completo, homosexual en potencia).

En el panorama pesimista de final de la segunda década del siglo XX, cobra relevancia el hecho de que la sociedad mexicana depositara, como lo hacían en general las socie- dades occidentales, una gran fe en la capacidad redentora de los deportes a los que se percibía como antídoto para regenerar a la sociedades, alejando a los individuos de los vicios, generando dinámicas de integración y colaboración, mejorando el temple y fortaleciendo cuerpos.

Tampoco se puede pasar por alto que las prácticas de- portivas estaban inevitablemente enlazadas a una de las pos- turas que formaron parte de la definición sobre la orienta- ción que debía seguir la sociedad mexicana durante el siglo XX. Las visiones más conservadoras veían en los deportes una forma indeseable de aculturación; mientras que las dife- rentes vertientes de tendencia revolucionaria asociaban a los deportes con formas modernas y deseables de recreación.

Cuatro décadas del proceso de transformación social ocurrieron y se obtuvieron las sedes de los juegos Olímpicos y del Campeonato Mundial de Fútbol; México se enfrentaba al reto de mostrarse como una nación capaz de sacar adelante

eventos de tal envergadura y de ser posible, superar lo hasta entonces realizado por otras naciones, por otras sociedades (Brewster). Nuevamente estábamos ante otro momento de proyección de lo que entendíamos que éramos.

La lógica en el concierto de las naciones

Entre las élites no se dejaba atrás cierta imagen nega- tiva, se trató de erradicar o al menos maquillar lo que se percibía como vicios inveterados de nuestra sociedad: des- honestidad, suciedad, violencia, borrachera, corrupción.

Pero había desde luego también un discurso que enun- ciaba a México como un país en proceso de ascenso. Se pre- sentaba a México como país líder del tercer mundo, pero más aún, a partir de una sutil diferencia: como un país en vías de desarrollo, capaz de hacer frente a los designios o los deseos de las potencias mundiales, fueran capitalistas o comunistas. El tema de la inclusión de Sudáfrica nos da ejemplo de ello, ya que a pesar de que Estados Unidos pre- sionaba para que el país austral fuera incluido en el torneo olímpico, México mantuvo una postura contraria a ello; luego, cuando en febrero de 1968 se decidió en la asamblea del Comité Olímpico Internacional que Sudáfrica si parti- ciparía, los países africanos, los árabes y la Unión Soviética amenazaron con el boicot, entonces México mantuvo la postura de que respetaría el sentido del voto del COI. Dejando de lado los intereses y presiones de los EUA y la URSS, México se enfocó en los países africanos, a quienes pidió mantener postura similar a la que se daba en la confe- rencia de las Naciones Unidas sobre comercio y desarrollo (UNTAD) en esos mismos días. Se logró que hubiera una consideración más detenida sobre el desistimiento de asistir a los JO, pero el Consejo Supremo Africano de Deportes se pronunció por el boicot, elogió a México y la actitud que había asumido y declaró: “Lamentamos sinceramente que este país hermano tenga que ser víctima de la decisión del COI” (Boicot, 1968: 1)

La diplomacia mexicana fue muy activa en aquellos años, dado que los JO y el CMF se presentaban como una ventana al mundo; se buscaba que los eventos fueran un éxito, que confirmaran el “milagro mexicano.” En las pági- nas del periódico Estado de Guanajuato de enero a octubre de 1968, se presentaron notas que evidenciaban el uso de diferentes mecanismos para promover los JO y una imagen positiva de México, en Estados Unidos, Europa y Asia: pa- bellones, stands, concursos, entre otros, y en estas labores se asociaban los diplomáticos mexicanos con empresas de los diferentes países.

Desde los años cincuenta, México era presentado a los mexicanos como una especie de hermano mayor de los países de América Latina y la circunstancia de ser el primero que alojaría unos JO, en su propia capital, se usaba como refuerzo de esta idea. Analizando comparativamente el desarrollo de los países de América Latina, David Alvarado (1968: 3) destacaba “el progreso de México, de la grandeza de su revolución y de las leyes emanadas de este movimiento social, político y económico [...]” realizando las libertades, la educación obligatoria y laica, las garantías para los trabajadores y el sistema de reparto de tierras.

Si la apuesta de Adolfo López Mateos (presidente de México de 1958 a 1964) fue proyectar a México en el plano internacional, la de su sucesor Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) buscó sostener esta proyección como actores de la paz, tema por demás interesante en medio de las tensiones de la Guerra Fría y que venía bien con el discurso que buscaba reencontrar el espíritu olímpico. Fue común ver en la prensa de la ciudad de León (Heraldo de León) un logotipo que se difundió ampliamente al menos dentro México: una paloma blanca posada sobre el logotipo de los JO.

Pero México mismo no encontraba su paz interior. Las disidencias y las inconformidades se daban a pocos días de que iniciaran los JO: ocurrió la masacre de Tlatelolco y el episodio fue conocido en diferentes latitudes del planeta. Incluso durante el desarrollo mismo de los eventos se dieron actos de protesta y disidencia en los escenarios de las competencias, pero aún estas circunstancias quisieron ser usadas en un argumento de capacidad, por ejemplo: afirmando notas periodísticas que habrían aparecido en la prensa de los EUA se dijo que México “Supo sacar los juegos pese al clima de violencia en el que arrancaron” (México, 1968: 1).

A fin de cuentas, estas competencias pudieron haber sido vistas como elementos de la modernidad a la que la nación mexicana estaba siendo conducida por sus gobernantes, en particular, en el rubro de la educación donde los deportes fueron vistos como el medio para la mente sana, en cuerpo sano: “*La atención cada vez mayor que la opinión pública les otorga en consecuencia del impulso institucional a la educación física en todos los países...*” (Tovilla Laguna, 1968: VIII).

Qué era lo mexicano

El México del siglo XX se venía construyendo a partir de la continua aspiración de ser un país moderno; el sobresalto de la Revolución también alcanzó el ámbito de las

reflexiones sobre lo que venía siendo el mexicano y lo mexicano y como debía seguir transformándose para llegar al desarrollo. Las artes quizá sean las formas de expresión más evidentes de este debate, pero sin duda que la educación fue un eje central. La reconstrucción de la memoria colectiva de nuestra conformación era también fundamental. Pero no había en estos campos una propuesta única, sino varias de entre las cuales de pronto se tejía con cierto eclecticismo una urdimbre confusa. La cuestión del indio era solo uno de los temas de las preocupaciones sociales que iban al corazón de la configuración de nuestra identidad y de nuestro nacionalismo, pero había posturas más “mestizas” como el postulado de José Vasconcelos sobre La Raza Cósmica.

La década de los sesenta del siglo XX ya presentaba un México con mayor concentración de la población en las áreas urbanas que en las rurales y las ciudades se presentaban como los rostros de la modernidad: la sede de los JO 68 y sus subsedes (Guadalajara, Puebla, León, Acapulco), así como las sedes del CMF 70 (México, Monterrey, Guadalajara, Puebla, León y Toluca), fueron objeto de remozamiento y rediseño urbano. Lo rural se presentaba en dos planos posibles: en una dimensión folclórica diversa que pretendía ser una muestra de la riqueza cultural y de nuestra capacidad de síntesis, o bien como espacios donde se percibían los vestigios de la grandeza pretérita, principalmente la arqueológica, presunto sustento de una cultura viva y vigorosa.

En este tenor no es de extrañar que en la prensa se resaltara al juego de pelota (las olimpiadas, 1968: 3) como origen remoto de la afición y habilidad deportiva de los habitantes de Mesoamérica. La cuestión del indio no era cosa nueva, pero a partir de la cesión de la sede para los JO y el CMF se dio una nueva revaloración de lo indígena como una esencia, como un glorioso pasado mítico, que en el discurso se ponía en el mismo plano que los griegos y por tanto de las grandes culturas de la humanidad: “ya que por primera vez en la historia de las Olimpiadas una nación hispanoamericana tiene a su cargo la organización de un evento de tal magnitud y por otro lado, es México donde se revive el aspecto cultural que también fue característica de los Juegos Olímpicos en Grecia” (Guzmán, 1967: 3).

El Museo Nacional de Antropología e Historia, iniciado a construir en 1963 y terminado en 1964; realizó una proyección del pasado mexicano. En 1969, Octavio Paz así describió esta circunstancia:

“... la imagen que nos presenta del pasado mexicano no obedece tanto a las exigencias de la ciencia como a la estética del paradigma

ma. No es un Museo sino un espejo –solo que en esa superficie tatuada de símbolos no nos reflejamos nosotros sino que contemplamos, agigantado, el mito de Mexico-Tenochtitlan con su Huítzilo-potli y su madre Coatlicue, su tlatonai y su Culebra Hembra, sus prisioneros de guerra y sus corazones-frutos-de-nopal”(151).

A fin de cuentas, si en la economía “en México se había encontrado un sistema único, ‘mixto’, con su propia ruta y sus soluciones propias... Incluso se hablaba del ‘milagro mexicano, orgullo de la nación ante los ojos del mundo’” (Agustín, 1990: 227) en la cultura se hacía algo similar, se hablaba en los círculos académicos de los sincretismos, en las clases medias del mestizaje y en los sectores populares de *la raza*. A México, lo definían y lo presentaban su cultura y por ello se planeó un programan cultural mayor a los vistos hasta entonces acompañando a unos Juegos Olímpicos.

Programa cultural de los XIX JO

Si León habría de ser subsele deportiva, Guanajuato sería polo turístico: el 15 de marzo de 1968 “La capital del estado se incorpora de lleno a los Juegos Olímpicos en el aspecto cultural, se inauguró exposición de artes plásticas, se dio una conferencia, hubo un concierto y se izó la bandera olímpica.” (Fue, 1968:1). El programa para el año de 1968 contaba con 145 “actos”, de los que 65 eran mexicanos y 1821 funciones. A partir de la Olimpiada Cultural “México figurará en la historia de esta institución como un humanismo que en su universalidad recogerá las manifestaciones nacionales más auténticas” (Ertze Garamendi, 1968: 2)

Según los relatos de la prensa guanajuatense, en la capital estatal se confrontaba la nacionalidad mexicana concretamente con las Alemania Occidental, Camerún, Canadá, Colombia, Uruguay, Corea, Dinamarca, Etiopía, Grecia, India, Italia, Nigeria, Yugoslavia, Bahamas y de México se presentaba: el Teatro Universitario, exposiciones de pintura, dibujo y grabado, así como el desde entonces proyectado ballet de Amalia Hernández, mismo que a través de “cuadros típicos” presentaba el folclor mexicano como una sencilla adición de diferentes tipos y estilos de vida.

Adiciones y síntesis, como los logotipos mismos de los JO 68 y del CMF 70: de líneas concéntricas, que al tiempo que se definían como de inspiración en lo Huichol, etnia del occidente del país, se asociaba al Op Art (León, 2013). Esa era la lógica del discurso, tal vez no tanto para los de afuera sino para los de adentro de las fronteras del país: dentro de las reglas permitidas, México era una pluralidad y esa pluralidad era la base de su fuerza, fuerza que era más creativa

que deportiva. México no tenía oportunidad de mayores triunfos ni en los Juegos Olímpicos ni en el Campeonato de Fútbol, pero si tenía ante sí la oportunidad de reafirmarse en su identidad ante sus propios ojos, tenía la posibilidad de mostrarse si no vigorosamente si decorosamente ante el resto del mundo... Parece que nueva cara de su nacionalismo sería la que avanzaba al futuro moderno de sus ciudades basándose en sus tradiciones regionales y su pasado mítico.

Tal vez a ello se deba que se pusiera énfasis en un festival mundial del folclor, porque allí estaba la cara que se pretendía cada país diera, de sus múltiples expresiones sumadas, integradas o inventadas.

Referencias bibliográficas

- Agustín, J. (1990) *Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*, México, Editorial Planeta.
- Alvarado, D. (1968) “El progreso de México”, en Estado de Guanajuato, 20 de abril de 1968.
- Bartra, R. (1987) *La jaula de la melancolía. Identidad y metamorfosis del mexicano*. México, Debolsillo.
- Benjamin, T. (2003) *La Revolución Mexicana. Memoria, mito e historia*, México, 2003, Taurus.
- Boicot (1968) *Boicot a los juegos por admitir a Sudáfrica*, en *Heraldo de León*.
- Brewster, K. *Implicaciones políticas y culturales de las Olimpiadas de México 1968*. En: *Razón y Palabra*, núm. 69.
- Diccionario Porrúa (1995). *Historia, biografía y geografía de México* (6ta. Edición) México, Porrúa.
- Ertzegaramendi, R. (1968). *Olimpiada Cultural*. En *Heraldo de León*.
- Ferreiro, A. (2006). *Desarrollo de la educación física y el deporte en México en el siglo XX*, México. Comité Olímpico Mexicano.
- FUE. (1968). “Fue Izada ayer en la Plaza de la Paz la bandera olímpica” en *Estado de Guanajuato*, 16 de marzo de 1968.
- Guzmán, B. (1967). “El año de la olimpiada” en AGEG, *Estado de Guanajuato*, Erasmo Ávila dir., Guanajuato, Gto.
- Las olimpiadas. (1968). “Las olimpiadas y los juegos precuauhtémicos” en *Estado de Guanajuato*, 19 de octubre.
- León, H. (2013). *El logotipo de los Juegos Olímpicos de 1968*, en Congreso Internacional de la Red de Estudios del Deporte, Ocio, Recreación y Tiempo Libre, Toluca.
- Macías, C.(2010). *Las prácticas deportivas (y las diversiones) en Guanajuato entre 1920 y 1960. Una propuesta de historia sociocultural*, Puebla, Tesis de Doctorado, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.



- México (1968). “México justificó su sentimiento de justo orgullo”. En Estado de Guanajuato, 23 de noviembre, citada de Houston Chronicle.
- Monsiváis, C. (1976). “*Epígrafe*”, en Quezada, Abel, El mexicano y otros problemas, México, Editorial Joaquín Mortiz.
- Paz, O. (2004). *El laberinto de la soledad/Posdata/Vuelta a El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura económica.
- Paz, O. *Postdata*, México, 1970, Siglo XXI.
- Ramos, S.(2012). *El perfil del hombre y la cultura en México*. México, Espasa Calpe.
- Tovilla, A. (1968). *Manual deportivo olímpico*. (Comp.) México, UTEHA/Comité organizador de los Juegos de la XIX Olimpiada.
- Uranga, E. (2013) *Análisis del ser del mexicano y otros escritos sobre la filosofía de lo mexicano (1949-1952)*, Bonilla Artigas/Conaculta.

Notas

- 2 Ponencia presentada en el IV Congreso ALESDE. “Impacto y desarrollo del deporte en los países Latinoamericanos”. Bogotá, Colombia. 22 al 24 de octubre de 2014.
- 3 La idea de incompletitud del mexicano fue retomada en la década de los ochenta por Roger Bartra, bajo la metáfora del axolote, animal que nunca alcanza plenamente su madurez sexual y aun así es capaz de reproducirse (Bartra, 1987).
- 4 En realidad, como señala Bartra, “Lo interesante de la explicación de Ramos no radica en que pueda ser usada para entender el comportamiento de la población mexicana: es a todas luces insuficiente y burda; el punto de interés consiste en que, en realidad describe la formación de un arquetipo en la cultura mexicana, del cual el sentimiento de inferioridad no es más que una parte constituyente pero no la explicación de un proceso formativo” (Bartra, 1987: 70).